

Marcos E.
Rodríguez
Matamoros

*El aporte aborígen en el
proceso de sincretismo
religioso temprano en
la región central de
Cuba*

Introducción

Entre los diferentes procesos culturales que tomaron parte en la formación de la nacionalidad cubana, el sincretismo religioso ocupa un lugar de suma importancia. El cubano ha sido siempre un pueblo con arraigadas creencias religiosas, las que se manifiestan a través de sus prácticas y diversas formas de religiosidad.

Dicho sincretismo, contrariamente a la opinión de muchas personas, no se inició a partir de los intercambios culturales entre colonizadores europeos, aborígenes y esclavos africanos, con la entrada compulsada de estos últimos desde distintas regiones de África, sino desde mucho antes, con el arribo al archipiélago cubano de diferentes grupos humanos provenientes de diversas zonas de la cuenca del Caribe, a partir de unos diez mil años antes del presente.

Es por ello que para comprender mejor el resultado final de tal proceso de sincretización religiosa, nuestra atención no debe centrarse solamente en los aportes del binomio europeo-africano, que comenzaron a interrelacionarse en nuestro marco geográfico a partir del siglo XVI de nuestra era, época en que sin existir todavía un acarreo importante de esclavos desde África hacia las Antillas Mayores, fueron introducidos en Cuba pequeñas cantidades de ellos, durante el proceso de colonización temprano de ésta, entre los siglos XVI y XVII.

A pesar de lo complejo de este asunto, es posible identificar significativos aportes aborígenes a esta riquísima «caldosa»

sincrética, si dirigimos nuestra atención a los textos de ciertas leyendas y tradiciones de temprano origen, sobre todo las surgidas en aquellas regiones que los colonizadores españoles escogieron para asentar sus primeras villas y en sus alrededores. Estos aportes «indios» fueron aprehendidos por los negros esclavos antes de que la indiada se diluyera dentro del mosaico racial que conformaría luego a la población cubana o criollos. ¿Qué mejores lugares para propiciar este legado del milenario habitante cubano al recién llegado negro africano, que la complicidad que les otorgara la precaria convivencia en los primeros palenques indios establecidos por éstos en las casi inaccesibles montañas, en los tupidos bosques o en las fragosas ciénagas? En estos primitivos palenques indios fueron recibidos como hermanos los negros cimarrones que en los primeros tiempos huyeron a los montes aún desconocidos para ellos. Estaban hermanados en las desgracias que les impusieron los blancos recién llegados a este «nuevo mundo», y de los habitantes originarios de estas tierras aprendieron los primeros negros apalencados los secretos del monte cubano, de su flora, su fauna, de sus grutas y demás recursos de subsistencia.

Pero también las compartidas desgracias y las comunes esperanzas de recobrar la perdida libertad, hicieron de su convivencia en las extensas haciendas ganaderas, en los cortes de madera y otros duros trabajos que se veían obligados a compartir, el caldo de cultivo para el legado del indio al negro, en un proceso que dada la similitud de su desarrollo económico y sociocultural como sociedades tribales, así como la comunidad de intereses por su condición de explotados, se manifestó como un fenómeno de asimilación mutua. Es por ello que resulta hoy muy difícil discriminar lo «indio» de lo negro en el sincretismo religioso cubano.

Procesos de asimilación en Cuba en tiempos precolombinos

La asimilación etnocultural es un proceso que se inicia a partir del encuentro y convivencia por tiempo prolongado de dos o más grupos humanos de similar grado de desarrollo económico, social y político. Tales grupos se aceptan mutuamente de buen grado, no se genera hostilidad ni resistencia. Cada parte adopta de la otra lo novedoso y útil, lo cual da por resultado un

producto cualitativamente superior, y con el tiempo, una población en cuyas tradiciones se conservan los mejores y más relevantes aportes de los grupos originarios.

La investigadora Daisy Fariñas Gutiérrez nos dice que: «advertimos que ciertos mitos, determinadas concepciones, así como actividades con un contenido eminentemente mágico, pueden haber recibido esta influencia, conservada en primer lugar, por el intercambio entre las diversas culturas que poblaron el ámbito antillano antes de la conquista».¹

Para ilustrar mejor estos fenómenos podemos remitirnos a un ejemplo que tenemos bien cercano: la población aborigen que se asentó en la bahía de Jagua, hoy Cienfuegos, y sus inmediaciones; esta población se encontraba en pleno auge sociocultural cuando se inicia el proceso de conquista y colonización de este territorio a inicios del siglo XVI. Las comunidades que la formaban habían alcanzado una gran estabilidad económica, política y social gracias a la conjugación de diversos factores de índoles objetivo y subjetivo.

Esta población fue el resultado de la fusión, gracias a la mutua asimilación etnocultural, de antiguos pobladores de economía netamente marítima (pescadores y recolectores), mesolíticos, con inmigrantes agricultores y ceramistas, portadores de una cultura francamente neolítica, que comenzaron a arribar a esta zona aproximadamente en los siglos X y XI de nuestra era, según algunos fechados por radiocarbono obtenidos en materiales procedentes de sitios agroalfareros de la región.²

Los primeros eran los habitantes «tradicionales» de esta zona, cuya antigüedad está avalada también por análisis de laboratorio en el rango de los 3 mil a 2 mil años antes del presente.³ Estos grupos humanos, de larga y sólida tradición marítima, pescadores por antonomasia, lograron alcanzar un considerable nivel de desarrollo sociocultural y un franco sedentarismo en algunas de sus más importantes comunidades, gracias a las enormes riquezas naturales que caracterizaban a la región de

¹ Daisy Fariñas Gutiérrez: *Religión en las Antillas*, p. 24, Editorial Academia, La Habana, 1995.

² Milton Pino Rodríguez: *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba hasta diciembre de 1993*, Editorial Academia, La Habana, 1995.

³ Marcos E. Rodríguez Matamoros: *Los aborígenes de Jagua*, Editorial Mecenaz, Cienfuegos, 2000.

Jagua y en particular a la bahía y otros importante accidentes hídricos relacionados con ella, como grandes ríos y lagunas, y las profundas aguas aledañas a la rada, pertenecientes a lo que hoy conocemos como Fosa de Jagua.

La prodigalidad de la bahía y su entorno, conjugada con las características físicas de aquella permitieron, con el tiempo, la creación de «criaderos» de especies comestibles, tanto marinas como de aguas salobres, de las cuales obtenían los pescadores los recursos de subsistencia necesarios para alimentar a una relativamente numerosa población con productos altamente nutritivos procedentes de peces, quelonios, crustáceos, moluscos y mamíferos acuáticos como el manatí (*Trichechus manatus manatus*, Linn.). Dicha modalidad de «piscicultura» primitiva se desarrolló notablemente con el tiempo; se perfeccionó y alcanzó un alto grado de especialización.⁴

Esta realidad les permitió a dichas comunidades un franco sedentarismo y les ofreció las condiciones óptimas para un desarrollo sostenido de las fuerzas productivas. De ahí que aunque no podemos aludir a comunidades de tipo tribal, sí podemos hablar de cierto grado de hegemonismo socioeconómico, sobre todo para determinadas comunidades más favorecidas como las que se asentaron en los sitios que hoy los arqueólogos conocemos con los nombres de Vega del Palmar y Cayo Caracol, ubicados en un entorno privilegiado para la economía de los grupos pescadores y recolectores de moluscos y otros productos comestibles asociados al manglar. Los enormes montículos formados por la «basura» arqueológica en estos residuarios, son testimonios de un franco sedentarismo practicado, a lo largo de numerosas generaciones, por grupos poblacionales limitados a pocos núcleos familiares unidos por lazos de consanguinidad.

Es decir, estaríamos en presencia de un sedentarismo tácito, propiciado por una especialización en la pesca y la recolección litoral, complementada por otras actividades económicas, entre ellas ciertas prácticas agrícolas tal vez no sistemáticas y de carácter estacional. La ausencia de tiestos de cerámica o su presencia mínima en algunos de sus residuarios, nos indican el co-

⁴ Bartolomé de las Casas consignó la existencia de los «corrales de peces» en la bahía de Jagua en su célebre obra *Historia de las Indias*.

nocimiento de la alfarería y el uso de cacharros de arcilla cocida, aunque no una práctica sistemática o especialización en la alfarería, auge y desarrollo que se verían postergados hasta la llegada al territorio de los grupos ceramistas aruacos, portadores de los rasgos meillacoides fundamentalmente y procedentes en su mayoría de territorios al este de la región central de nuestro archipiélago.

La convivencia prolongada entre los ceramistas y agricultores llegados al territorio de Jagua entre los siglos x y xi de nuestra era y los más antiguos pobladores de tradición marítima, permitió que se desarrollaran en éste variantes locales del estilo meillacoide, dando por resultado lo que muy acertadamente a nuestro entender el arqueólogo cubano doctor José Manuel Guarch Delmonte definió como Variante Cultural Jagua.⁵

Desde el punto de vista idiomático sucedió otro tanto. La lengua hablada por los primitivos pobladores de Jagua nos es desconocida. Bien pudo estar emparentada con alguna de las lenguas habladas por comunidades habitantes de la costa caribeña de Sudamérica —lokono, caribe, warao u otra— o bien ser remanente modificado de alguna lengua arcaica introducida en las Antillas por muy primitivos inmigrantes provenientes de América Central o Norteamérica. Sea de una u otra procedencia, se fundió con la de origen aruaco de los nuevos inmigrantes, imponiéndose una mayor cantidad de vocablos de esta última al arribo al territorio de nuevos y más numerosos grupos agroalfareros desde el oriente del archipiélago. El resultado final fue un dialecto regional o local basado en el aruaco y que algunos estudiosos prefieren designar como ciboney-taíno.⁶

A la llegada de los europeos a nuestras tierras se inició un proceso todavía más complejo, al entrar en juego otros pueblos y culturas. Téngase en cuenta que en la península ibérica habían tenido lugar intensos y prolongados intercambios étnicos y culturales a lo largo de la historia, antes de nuestra era y durante los primeros siglos de nuestra era. A ello se suma la entrada en América de gentes provenientes de pueblos tan diversos como

⁵ José M. Guarch Delmonte: *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*, Ediciones Holguín, Holguín, 1990.

⁶ Julian Granberry y Gary S. Vescelius: *Languages of the pre-columbian Antilles*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2004.

los del norte de África y el África Ecuatorial, en gran parte traídos de manera compulsiva para servir como esclavos.

Estos negros africanos, en su mayoría procedentes de sociedades tribales que se encontraban en un nivel de desarrollo socioeconómico correspondiente al estadio neolítico, encontraron en América y en particular en Cuba, otras gentes que se encontraban transitando por similar estado de desarrollo, en este caso los aborígenes agricultores y ceramistas, con los cuales debieron hacer causa común, por el solo hecho de compartir las desdichas de la esclavitud, los maltratos y las persecuciones. Esa comunidad de intereses que comenzó en los lavaderos de oro y en los trabajos agrícolas en las encomiendas y primitivas haciendas, se continuó después con más fuerza, en la dura existencia del cimarronaje y en la compartida pero siempre comprometida libertad de los palenques. Allí, en lo tupido de los montes cubanos, milenariamente conocidos por los habitantes naturales de esta tierra, comenzó la transmisión del conocimiento ancestral de la gente de piel cobriza a los de la piel negra, todavía no aclimatados plenamente a las nuevas condiciones de vida.

Aquí encontraron los negros otras especies de plantas y animales; aquí aprendieron a identificarlos y conocer sus atributos. Así comenzaron a encontrar sustitutos a las especies botánicas dejadas atrás, en África, empleadas para las curaciones, para sus ritos religiosos, para infligir daños mediante la toxicidad de los zumos, hojas, frutos y raíces. Aquí encontraron una espléndida naturaleza de selva exuberante, parecida a la de su tierra de origen, pero bendecida por los dioses aborígenes al no existir especies de animales peligrosas o mortíferas para los seres humanos. Por eso también comenzaron a adoptar atributos de las deidades aborígenes para fortalecer las de sus dioses ancestrales, que parecían haberse debilitado y haberles abandonado en sus desgracias, permaneciendo allá, en algún lugar detrás del horizonte, en su nativa África.

Y según se fue debilitando la presencia física de los pobladores aborígenes del entramado étnico y cultural de la creciente población de Cuba, fueron creciendo en población los negros, los que comenzaron a ser introducidos por la fuerza gracias al incremento de la trata. La disolución total del factor aborigen en este complejo proceso fue lenta y paulatina, fundamentalmente debido a la fusión de la población remanente que sobre-

vivió al exterminio violento de los primeros años de la conquista y colonización, mediante los matrimonios o uniones sexuales entre aborígenes y negros africanos. Esto fue decisivo para la desaparición casi total de los rasgos raciales, lingüísticos y culturales aborígenes del rico mosaico en que devino la población de Cuba. De ahí que el ingrediente aborigen en el sincretismo religioso cubano, aunque pudo ser importante, permanece enmascarado hasta hoy.

Un caso de transculturación temprana en una pieza arqueológica

Un ejemplar que nos ilustra acerca de los tempranos procesos de sincretismo que tuvieron lugar en el territorio de Jagua durante los primeros tiempos de contactos e intercambios etno-culturales entre aborígenes y exploradores españoles, es la pieza que a continuación pasamos a describir.

Se trata de un objeto metálico, bronce para ser más específico, recuperado durante la segunda etapa de la expedición arqueológica conjunta cubano-soviética llevada a cabo entre diciembre de 1986 y enero de 1989, en el gran residuario agroalfarero de Loma del Convento, Cienfuegos (Fotos 1, 2 y 3). Procede, como habría de esperarse, del nivel estratigráfico más tardío del montículo número uno, el mayor y más extenso de los ocho que conforman el residuario, es decir, del nivel 0,00-0,10 m, que se corresponde con los últimos momentos del asentamiento.

Su hallazgo fomentó diversos comentarios y criterios por parte de los miembros del equipo de trabajo, sin embargo, tiempo después remitimos un dibujo de la pieza a la Escuela de Arqueología y Rehabilitación de Alcalá de Henares, España, con el fin de solicitar su identificación precisa. De la referida institución nos fue enviada una carta en la cual se nos explicaba que se trata de la mitad o pata de un compás de cartografía náutica, de los usados a fines del siglo xv y principios del xvi por los navegantes, pilotos y cartógrafos de la época.⁷ (Fotos 4 y 5).

A partir de habernos pertrechado del conocimiento imprescindible acerca de la naturaleza y uso original del espécimen,

⁷ Departamento de Investigaciones, Escuela de Arqueología y Rehabilitación de Alcalá de Henares, España, comunicación personal, 1992.

iniciamos el estudio sistemático del mismo. Como resultado, concluimos que el mismo había sido sometido a un cambio de uso por parte del poblador aborigen. Al ser desmantelado el instrumento de medición original, resultaron dos mitades o patas, cada una de ellas denominada hemicompás. En el lugar en el que antes había existido un pasador que unía ambas patas y que permitía la operación de abrir y cerrar las mismas para obtener la abertura deseada, quedó un agujero que le facilitó a su último dueño pasar una cuerda o cabuya para colgarlo en forma de pendiente o colgante. Además, le fueron añadidos una serie de detalles en su porción lisa de fábrica, a base de incisiones practicadas por medio de otro instrumento de gran dureza, tal vez metálico o de piedra.

Cotejados estos detalles, formados por un conjunto de muescas y surcos, se pudo comprobar que coinciden con los que aparecen siempre en la misma disposición y número, en los llamados idolillos tabulares de concha. También se comprobó que tales elementos aparecen formando parte de figuras antropomorfas identificadas dentro de la rica diversidad de manifestaciones de arte rupestre aborigen atribuidas a las comunidades agroalfareras de Cuba. (Foto 6).

De estos resultados se desprende que estamos ante un colgante con rasgos antropomorfos, aunque éstos sumamente estilizados, tal vez con implicaciones de amuleto o fetiche personal.

Es interesante significar el hecho de que no obstante la morfología de la pieza y la gran dureza del material en que está confeccionada, el aborigen no haya usado la misma como instrumento de trabajo, bien sea para punzar o para grabar en materiales más blandos, como pudo ser la madera, la concha, el hueso o la arcilla antes de la cocción, lo que nos está indicando que este individuo le confirió propiedades especiales a este objeto.

En este sitio también se recuperaron otras evidencias materiales que testimonian un prolongado intercambio cultural indohispano, como lo es la mandíbula de perro que se ilustra en la foto número 7.

Un caso de transculturación temprana como aporte al sincretismo religioso en la región central de Cuba

Un caso muy singular y por demás interesante de transculturación que aporta al proceso de sincretismo religioso aborigen-

negroide-europeoide en nuestro entorno geográfico, lo es sin dudas la leyenda que explica cómo se inició el culto a la virgen conocida con el nombre católico de Nuestra Señora del Buen Viaje. Esta leyenda tuvo su origen en la región centro-norte de Cuba, relacionada estrechamente con la villa de San Juan de los Remedios, una de las primeras fundada por los colonialistas españoles en la región central de Cuba.

Leyenda de la virgen Nuestra Señora del Buen Viaje

Según la leyenda, allá por el año 1600 «... la imagen fue encontrada en la mar, rescatada por unos pescadores en la bahía del Tesico. Ellos la bautizaron como nuestra señora del Buen Viaje y la trajeron hasta Remedios en un mulo. Dicen que llegaron tarde en la noche, lloviendo y al pasar frente a la plaza el mulo se echó al suelo y no quiso continuar la marcha; por eso la dejaron en la choza de un viejo lucumí, con la condición de que se lo comunicara al cura al día siguiente. El compromiso no se cumplió. La virgen continuó en la choza. Vecinos cercanos del negro, que conocían del hecho, le hicieron una especie de altar a aquella virgen y comenzaron a rendirle culto; pero los pescadores, al regresar, se percataron de que no había sido entregada al cura y ellos mismos la llevaron. Al otro día la imagen no estaba en la iglesia: se había escapado por su cuenta y riesgo para la choza del anciano y así ocurría cada vez que la regresaban. Por eso, el pueblo construyó en el lugar de la choza, una iglesia dedicada a la Virgen del Buen Viaje, que le da a la plaza central de San Juan de los Remedios, la característica de ser la única en Cuba con dos iglesias católicas...»⁸

Turabaguael, el cemí escurridizo del centro norte de Cuba

El investigador Fernando García Grave de Peralta, durante sus recorridos por la región centro norte de Cuba a finales del siglo XIX y principios del XX, recogió una interesantísima tradición vigente entonces entre pescadores y campesinos de aquella zona. Los entrevistados por Grave de Peralta referían una antigua tradición india acerca de: «un cemí que pertenecía a un cacique de nombre Guainabo, perteneciente al cacicazgo de

⁸ Grettel Reynoso Valdés: Plegable de promoción turística por el 490 aniversario de la fundación de la villa San Juan de los Remedios.

Sabaneque, el cual cemí tenía por nombre Turabaguael, que poseía la peculiaridad de que cuando no le traían ofrendas, o estas no eran de su agrado, formaba un gran estruendo y se huía, atravesando violentamente y con gran ruido los bosques, y tenían que ir a buscarlo con grandes rogativos y ofrecimientos. Cuentan que al traerlo de vuelta, se le ataba fuertemente para evitar nuevas evasiones.»⁹

De igual manera, y no por simple coincidencia o paralelismo, conocemos de la existencia de una creencia muy popular entre los pobladores aborígenes de la isla La Española, formada por dos territorios denominados Quisqueya en el oriente y Haití en el occidente. La misma fue recogida por el fraile Ramón Pané durante su convivencia de cuatro años con los referidos pobladores y forma parte del informe final de sus observaciones etnográficas que constituyeron la fuente principal para la materialización de su obra *Relación acerca de las antigüedades de los indios*.

En el capítulo XXIV « De lo que creen de otro cemí, que se llama Barabaguael» Pané refiere lo siguiente: «Este cemí es de un cacique principal de la isla Española, y es un ídolo, y le atribuyen diversos nombres, y fue hallado del modo que ahora oíréis. Dicen que un día, antes de que la isla fuese descubierta, en el tiempo pasado, no saben cuánto tiempo hace, andando de caza, hallaron un cierto animal, tras el cual corrieron, y él huyó a un hoyo; y mirando por él, vieron un leño que parecía cosa viva. De donde el cazador, al ver esto, corrió a su señor, que era cacique y padre de Guaraionel, y le dijo lo que había visto. Luego fueron allá y encontraron la cosa como el cazador decía; y cogido aquel tronco, le edificaron una casa. Dicen que de aquella casa salió varias veces, y se iba al lugar de donde lo habían traído, pero no ya al mismo lugar, sino cerca. Por lo cual el señor sobredicho, o su hijo Guaraionel, lo mandó a buscar y lo hallaron escondido; y lo ataron de nuevo y lo metieron en un saco. Y con todo esto, así atado, se iba como antes. Y esto tiene por cosa ciertísima aquella gente ignorante».¹⁰

⁹ Fernando García Grave de Peralta (1952): *Revista de Arqueología y Etnología*, Segunda Época, año VII, p. 82, La Habana, enero-diciembre.

¹⁰ Ramón Pané: *Relación acerca de las antigüedades de los Indios*, 1498.

En estos tres casos resultan evidentes los elementos comunes. Es imposible dejar de percatarse de que algunos de dichos elementos deben proceder de una fuente común. En el caso de la virgen Nuestra Señora del Buen Viaje y su manía de escapar por su propia cuenta desde la iglesia hacia el primitivo altar improvisado en el que era debidamente reverenciada y satisfecha con múltiples ofrendas de los devotos, resulta una traspolación del atributo asignado a Barabaguel, el cemí de los aborígenes de la antigua isla La Española y de Turabaguel, el equivalente de aquel entre las tribus aborígenes que poblaron el territorio centro norte de la región central de Cuba. En el caso específico del primero, la relación sincrética con la virgen del Buen Viaje se hace más clara, ya que los entendidos en idiomática indígena nos dicen que la voz **bara**, alude al mar,¹¹ es decir, una deidad de alguna manera relacionada con las aguas del mar, coincidiendo en este sentido con el origen marino de la virgen remediana.

Por otra parte, la voz **tura**, presente en el vocablo Turabaguel, alude a la idea de cielo —turey en arahuaco—, lo que le confiere sentido divino y lo vincula de por sí al ámbito religioso. Debió ser, por tanto, este equivalente cubano del cemí quisqueyano, el que directamente sincretizó con las creencias africanas y cristianas durante los primeros años del proceso de transculturación temprano en nuestra región central, para contribuir al surgimiento de la virgen del Buen Viaje.

Sirvan estos dos ejemplos para subrayar la idea de que aunque no resulta fácil, es posible hallar los aportes aborígenes en los procesos tempranos de asimilación y transculturación, en los que el legado aborígen pasó a enriquecer la parte africana, enmascarándose dada la similitud entre ambos factores en cuanto a nivel de desarrollo socioeconómico, cosmovisivo y sociocultural; mimetizado todavía más debido a la paulatina desaparición del aborígen y el aumento de la población de origen africano, el cual, en la medida en que pasó el tiempo y se alejó más de los momentos iniciales, tributó en mayor medida al sincretismo con la cultura de los dominadores europeos y luego con los criollos, dando lugar al producto final de este complejísimo proceso que Fernando Ortiz tan gráficamente calificara de «ajiaco criollo».

¹¹ José Juan Arrom: *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*, Siglo XXI Editores, México D. F., 1975.



Foto 1. La Loma del Convento, Cienfuegos, en cuyo alto se localiza el sitio arqueológico homónimo, uno de los más importantes de la cultura agroalfarera localizado en este territorio del centro sur de Cuba



Foto 2. El curso del río Arimao visto de sur a norte. A la derecha se alza la Loma del Convento, sitio en el que radicó la encomienda de Bartolomé de las Casas y Pedro de Rentería entre 1514 y 1515, hecho histórico documentado y corroborado por la arqueología gracias al hallazgo de objetos de origen hispano y manifestaciones de procesos de transculturación



Foto 3. Una de las últimas exploraciones en el sitio arqueológico de la Loma del Convento, en el año 2004. Nótese la tupida vegetación natural que crecía entonces en el lugar



Foto 4. Pata o mitad de un compás de cartografía náutica del siglo XVI de bronce, con evidencias claras de transculturación para ser adaptado por los aborígenes como colgante, tal vez con implicaciones de amuleto o fetiche. Recuperado en excavaciones sistemáticas en el año 1989 en el sitio Loma del Convento



Foto 5. Detalle de la porción de la pieza de la foto anterior, en el cual se aprecia el motivo antropomorfo sumamente esquemático añadido al objeto por el artesano aborigen. Compárese con los tres elementos representados en la foto número 6

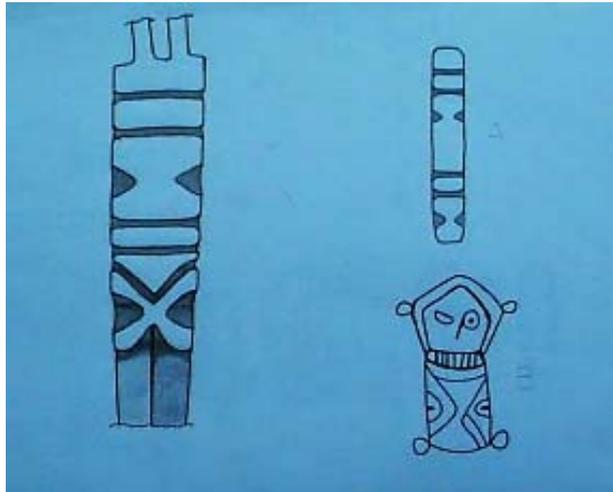


Foto 6. Dibujo del motivo aborigen grabado en la pata del compás. Derecha arriba, vista frontal de un idolillo tabular de concha, pieza arquetípica en las comunidades tribales agroalfareras antillanas. Derecha abajo, dibujo de una pictografía de color rojo, pintada en la Cueva del Indio, sierra de Cubitas, Camagüey, cuya porción inferior muestra similitud con la porción equivalente de la figura grabada en la pata del compás. Pudiera tratarse del mismo personaje



Foto 7. Mandíbula de un perro hallada en excavaciones arqueológicas practicadas en el sitio Loma del Convento, Cienfuegos. Pudiera constituir una evidencia directa de la presencia de perros aborígenes o de procedencia europea, como parte de la fauna doméstica existente en la encomienda que allí existió

Conclusiones

1. La hibridación de culturas, etnias y lenguas es un proceso que se inicia en Cuba desde tiempos muy anteriores a la llegada de los europeos a fines del siglo XVI de nuestra era; largo y complejísimo proceso en el que participan multitud de pueblos provenientes de diferentes regiones de la cuenca del Caribe, a la cual arribaron a lo largo de milenios desde el interior de América del Norte, Centro América y América del Sur.
2. La adaptación de estos pueblos durante más de seis mil años al ambiente insular y la asimilación múltiple y prolongada entre grupos humanos en el mismo, es lo que dio por resultado el panorama sociocultural y lingüístico que encuentran los viajeros españoles a su llegada a estas tierras en 1492; así existen al menos seis lenguas y dialectos vigentes en la cuenca del Caribe en el momento del «descubrimiento»: taíno clásico que era una lengua generalizada o de «comercio» en las Antillas Mayores, el ciboney-taíno, que se hablaba en la mayor parte de Cuba, La Española, Jamaica y las Lucayas; el

ciguayo, que se hablaba en una pequeña porción del nordeste de La Española; el macorís, también en una restringida zona en la costa nororiental de esta última; el caribe en las Antillas Menores, el warao en la desembocadura del río Orinoco y el Guanahatabey, en el extremo más oriental de Cuba, posiblemente emparentado con la lengua tol, hablada por comunidades que poblaron amplias porciones de América Central.

3. La entrada forzosa de un número creciente de negros africanos hacia las Antillas, provocó un proceso de asimilación entre los pobladores aborígenes en franca declinación, y los negros africanos que, por encontrarse en un nivel de desarrollo similar, son los receptores del legado de aquellos, lo que se produce de muy buen grado, ya que ello permite al negro, desarraigado brutal e involuntariamente de su tierra de origen, de su comunidad, de su ambiente natural, de su entorno religioso y mítico, pertrecharse de novedosos conocimientos que le permitirán sobrevivir y «adaptarse» al medio de lo que a la larga será su nueva patria. De alguna manera el indio continuó viviendo en el negro. Tal vez sea por ello que ambos son personajes recurrentes en las creencias espiritistas.
4. La arqueología nos ofrece la posibilidad de interactuar con piezas que constituyen evidencias singulares de procesos de transculturación muy tempranos en nuestra historia, en los cuales el aborigen cubano adopta materiales nuevos para él, y los incorpora no solamente como medios de trabajo para uso en los procesos productivos, sino que además, lo hace en la esfera de sus creencias religiosas y mitológicas. El objeto aquí analizado es una muestra fehaciente de ello.
5. Otros métodos pueden aplicarse en las investigaciones que atañen a la esfera de la espiritualidad, como son la etnología, la etnografía y la lingüística comparadas, lo que permite comprender fenómenos y procesos que de otra manera escaparían a nuestra percepción, lo cual se agudiza cuando se trata del estudio de aportes arqueológicos de pueblos que desarrollaron su actividad creadora en tiempos históricos ya bastante remotos.

6. El conocimiento profundo de los mitos aborígenes que sobrevivieron hasta tiempos avanzados del proceso de colonización y de las leyendas surgidas durante el mismo lapso, permite descubrir en no pocas ocasiones los aportes o la influencia de la cosmovisión aborígena, la cual sincretizó primero con el factor africano del binomio original, para luego integrarse al proceso mayor, más complejo y prolongado, que constituyó el denominado período de transculturación que engendró la cultura criolla.

Bibliografía

- ARROM, JOSÉ JUAN: *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. Siglo XXI Editores, México D. F., 1975.
- FARIÑAS GUTIÉRREZ, DAISY: *Religión en las Antillas*. Editorial Academia, La Habana, 1975.
- GARCÍA GRAVE DE PERALTA, FERNANDO: *Revista de Arqueología y Etnología*, Segunda Época, (VII): 82, La Habana, enero-diciembre, 1952.
- GRANBERRY, JULIAN Y GARY S. VESCELIUS: *Languages of the pre-columbian Antilles*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2004.
- GUARCH DELMONTE, JOSÉ M.: *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*, Ediciones Holguín, Holguín, 1990.
- PANÉ, RAMÓN: *Relación acerca de las antigüedades de los Indios*, 1498.
- PINO RODRÍGUEZ, MILTON: *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba hasta diciembre de 1993*, Editorial Academia, La Habana, 1995.
- REYNOSO VALDÉS, GRETTELL: Plegable de promoción turística por el 490 aniversario de la fundación de la villa San Juan de los Remedios.
- RODRÍGUEZ MATAMOROS, MARCOS E.: *Los aborígenes de Jagua*. Editorial Mecenaz, Centro Provincial del Libro y la Literatura, Cienfuegos, 2000.